

CÉSAR GAVELA

EL

CAMINO

Y OTROS

PASOS

CUENTOS HETERODOXOS DEL
CAMINO DE SANTIAGO



**EL CAMINO
Y
OTROS PASOS**

**CUENTOS HETERODOXOS DEL
CAMINO DE SANTIAGO**

César Gavela

**EL CAMINO
Y
OTROS PASOS**

**CUENTOS HETERODOXOS DEL
CAMINO DE SANTIAGO**


CASA DE CARTÓN

tres rosas
amarillas

editorial

© César Rodríguez-Gavela, 2012
© Editorial Casa de Cartón S. L., 2012
© Editorial Tres rosas amarillas, 2012

Editorial Casa de Cartón
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.es

Editorial Tres rosas amarillas
info@tresrosasamarillas.com
www.editorialtresrosasamarillas.com

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2012

ISBN: 978-84-940478-3-1
Depósito Legal: M-33056-2012

Printed in Spain
Imprenta Print House

En memoria de
Adrián González Tejerina.

Vía Láctea. Leche de las palabras.
De allí vienen las palabras fundadoras.
MIGUEL ÁNGEL CURIEL, *Luminarias*.

Índice

El Camino	15
Un caminante.....	16
Lápida	17
Paso de montaña	18
Abadía de Roncesvalles	19
Cien palabras.....	21
El aura.....	24
Un lugar del norte de Europa	25
Ernest Hemingway	26
Casi todas las noches se acordaba	28
Las palabras del bosque	29
El oráculo	30
Sierra de Urbasa	31
Todo me sorprendía	36
En una plaza de Estella	37
Se hizo la luz	39
En torno a un perro	40
Trabó confianza conmigo.....	41
Se dio la vuelta.....	42
Iba descalzo en pleno invierno	43
La reina antigua	44
Aquella bodega de vino de Rioja	46
Defensa central.....	47
Bíblico	49
Me gusta hacer como que vivo	50
No fue solo una impresión.....	51
Cuentas desiguales	52
Quería esto: hablar con un hombre	53

La saludé al entrar en Belorado.....	54
Bruma	55
Un general de otro tiempo	56
Ellos no saben	58
Babilonia.....	59
Visita cultural.....	61
En el aire de piedra	62
Sin camino.....	63
Una bandada de pájaros	64
Un mes en Castrogeriz.....	65
Mi juego es este aparecer	66
Las facultades.....	67
Junto a la iglesia de Frómista.....	68
De aquella forma cruel.....	69
El amor más grande.....	70
Coche de línea.....	71
La fortuna.....	72
Puente de Villarente.....	73
Un día volvió a la ciudad un hombre.....	74
Recorre cafés y plazas.....	76
Rol	77
Gente que está ahí.....	78
Después de hacer el amor.....	79
La función	80
La muralla.....	82
Se comparaba con los grandes hombres	83
Los templos de Teresa.....	84
Foncebadón	85
Junto a la cruz de Ferro.....	86
Me dio a entender que era polaco	87
Un hombre y una lucha.....	88
El envés	89
Hombres de los bares.....	90
Casco viejo	91
Iba vestido de mago.....	92
La balsa	93
Me atendió un hombre mayor.....	97
La pregunta	98
Ven, me dijo	99
Villafranca del Bierzo	100

Geología	102
Íntimos metales	103
Siempre junto a un hombre.....	104
Los niños y las casas	105
La mayor ilusión.....	106
Tienen otra patria.....	107
Un caballo y un lobo	108
Don Santiago	109
Es el trabajo que tengo.....	111
Buxtehude	112
La otra parte.....	113
En este bosque	114
Salí desnudo al alba.....	115
Agustín se adentró en la venta	116
Algo más que un estilo.....	117
Como si tuvieran prisa	118
Afuera de Melide	119
Ella podría ser.....	120
Monte del Gozo	121
Entonces suena una música.....	122
Cripta	123
La vida.....	124
Compostela	125
Finisterre.....	126

El Camino

Fui perdiendo el pasado poco a poco. Pero ahora es el presente el que se va: ya hay agujeros en mi vida. Veo los boquetes negros entre las casas y el campo. Crecen, se unen unos a otros; ya solo me quedan unos recortes. Trato de mirar por ellos.

Un caminante

Dijo: iré por una tierra que es de humo; iré en un cuerpo que es de alma.

Luego se perdió en la noche: nadie lo volvió a ver.

Pero se sabe que llegó a Compostela.

Lo hizo leyendo; se leyó a sí mismo.

Lápida

Ana se adentró en el bosque un centenar de metros. Bajo un roble vio una laja de pizarra que decía: Fabián Cale, peregrino. 1934-1987.

—Fabián... —repitió en voz baja.

—Cale.

—¿Has hablado...! ¿Eres Fabián Cale?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—¿En la muerte?

—Nadie está en la muerte; estoy en la voz que queda. ¿Te puedo pedir un favor?

—¡Por supuesto! Dime cuál.

—Que no me olvides nunca.

—No te olvidaré, aunque no te haya conocido. ¿Pero por qué no debo olvidarte?

—Para que yo no muera. Para que siempre esté en el Camino.

Paso de montaña

Al subir la cuesta de Ibañeta el silencio se desplomó: ya no era un vuelo.

Cayeron a tierra el jinete y el caballo.

Abadía de Roncesvalles

—No es la mejor hora para irse, Brandán —le advirtió el monje portero.

—Voy al entierro de mi primo Pablo. Vive lejos; quiero llegar a tiempo.

—Ni la muerte es motivo para salir ahora. Deberías permanecer aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Recuerda que es en las noches del verano cuando brotan los instintos peores. Cuando el diablo actúa con su mejor talento.

Brandán no se amilanó:

—Si llegan las tentaciones, bien que sabré vencerlas.

—¿Tú crees? Yo nunca me fiaría.

—Pues yo sí, hermano. Y tan seguro estoy de mi voluntad que si los malos instintos no vienen a incitarme, yo mismo iré en su búsqueda. Los encontraré y serán derrotados.

—¿Qué estás diciendo, insensato?

—Quiero llegar al fondo de mi pureza. Saber qué blancura tiene cuando la ilumina el más firme arroyo.

El monje portero recapacitó:

—Si es para eso, no soy quien en retenerte. Vete en paz y encuentra el corazón de tu victoria. ¿Me contarás luego su color?

—Con todo detalle, hermano. Con el brillo que Dios le puso.

Brandán salió a la noche y a los árboles. Una hora después abrazaba a Damiana Ureta a la entrada del hayedo de Mendi-xuri, donde vivía en una casa verde oscuro. Ella era la mujer

más libre de aquellos bosques; de sus valles de pastos generosos.

Cien palabras

Se iba haciendo de noche, las pisadas de Lotario sonaban en la tierra húmeda. Pasaban pueblos, pasaban horas y prados, y ya eran cerca de las diez cuando sintió una voz de mujer llegar desde lo alto.

—Eres un niño.

—Un hombre —respondió Lotario.

—Un niño porque yo quiero. Te he devuelto a la niñez.

—¿Con estos años?

—Solo quien es adulto puede volver. Y no defraudarse jamás.

Lotario se detuvo en la noche. Miró al cielo oscuro.

—¿Por qué me quieres niño?

—Para que me cuentes tu infancia. Pero solo tienes cien palabras.

—¡Eso es imposible!

—Si uno camina solo y, además, lejos de donde vive, es cuando mejor ocurren los milagros. Ahora ya lo sabes, y si me cuentas tu niñez, un día me conocerás. Yo también soy un milagro.

—Querría conocerte ahora.

—No puedes. Ni aunque yo quisiera.

—¿Por qué?

—Obedezco órdenes, Lotario.

—¿Conoces mi nombre! ¿Quién te da esas órdenes?

—El único que puede.

—¿Dios?

—La vida.

—¿El amor?

—No te diré más.

—Yo tampoco te contaré mi infancia.

—Te daré tiempo. Una hora y lo piensas.

—¿Me estás viendo?

—Llevas un pantalón negro de fieltro, camisa blanca, un jersey celeste y chaquetón gris. Botas de goma; una mochila azul. Tu cuerpo es sano, fuerte. Tienes el pelo largo, ya con algunas canas.

Lotario trató de regresar a su infancia. Al principio no se concentraba; todo era divagar por años y rostros, por plazas y trenes. Pero un rato más tarde, en una curva del Camino, encontró su niñez con una transparencia que jamás había imaginado.

«Si veo con tanta claridad aquel tiempo debe de ser porque mi vida se acaba. Es una fuerza que ya no se detendrá hasta que vuelva la voz de esa mujer y me mate».

Vio al poco unas luces, que eran las del pueblo de Burguete. Avanzó por sus calles desiertas.

«Y, sin embargo, si yo quisiera librarme de esa muerte que me espera, sería muy fácil. Me bastaría con llamar en cualquier casa hasta que abrieran. Contaría en la puerta mi estupor y mi angustia, y seguro que algún vecino se apiadaba de mí. Aceptaría dejarme pasar la noche a cubierto aunque me tuviera por loco. Y así me sentiría dichoso y a salvo».

«No he llamado, sin embargo, a ninguna puerta. El pueblo está pasando: esta casa, aquella otra, esa luz, la iglesia... Veo establos, comercios, un bar. Camino, camino. Y ahora el pueblo se va quedando atrás; ya vuelve la sombra».

A medianoche sonó la voz de la dama. En un tono más frío, le dijo que aguardaba sus noticias.

Lotario:

—Fui un niño triste. Mis juguetes eran los libros y los pájaros. Había pocas cosas en casa; no tuve amigos. Mi madre era buena y mi padre me quería aunque hablaba poco. Una vez me gustó una niña. Tenía un vestido rosa y nos escondimos en la despensa. Le di un beso y alguien nos vio.

—Continúa —dijo la voz.

—Ya he terminado.

—¿Ves como lo has conseguido? Hasta te sobraron cuarenta y cuatro palabras. ¿Quieres saber lo que dicen las que no has pronunciado?

—Sí.

—Que me vas a ver antes de que cuentes hasta tres.

—Uno, dos...

Una luz naranja al borde del camino. La dama allí, con su cabello rubio y largo.

—¿Eres un hada?

—No.

—Claro: las hadas no existen. Pero tú existes.

—Porque me has querido.

—¿Y cómo te he querido?

—Hablándome; así es como se quiere. A la vida y a los hombres.

—Estoy de acuerdo. Pero dime ahora quién eres.

—Una caja pequeña, de palabras y tiempo. Parece poco, Lotario, pero ahí cabe todo. Y empieza.

El aura

Algunas veces Amelia se preguntaba qué podría hacer con toda aquella energía que notaba en su cuerpo, con aquel optimismo tan alocado y bueno.

La noche que durmió en Lintzoain soñó que podría curar a todos los caminantes enamorados y no correspondidos.

El primer milagro se produjo dos días después, cuando sanó a un lombardo de Cremona que iba en la ruta bordeando el suicidio.

A partir de aquel momento en que Amelia le habló y le puso su mano en la frente, el lombardo echó a correr por el Camino con una lozanía y fuerza que nadie había visto nunca.

Hacía las etapas de dos en dos; de tres en tres a partir de Burgos y de cuatro en cuatro apenas traspasó la frontera de Galicia. Nadie fue capaz de seguirle.

Un lugar del norte de Europa

Mientras cruzaba el pueblo de Zubiri, Emma soñó con un hombre alto y rubio de Dinamarca o de Suecia. Un hombre lánguido y flaco que escribía versos al alba, después de pasar la noche vagando entre alamedas y calles de piedra.

Unos días más tarde, cuando Emma ya estaba en la provincia de Burgos, pasó por Zubiri una antigua amiga a la que no veía desde muchos años atrás. Se llamaba Eleanor y soñó con el mismo hombre alto y rubio, lánguido y flaco. Que le mandó recuerdos de Emma, y olvidos también.

Ernest Hemingway

Bartolomé Deva llegó a Pamplona; buscaba trabajo. Y lo hizo con tanta determinación y fortuna que al día siguiente ya se estrenó como camarero en el gran café de la Ganadería.

El 8 de julio le sirvió un whisky a Ernest Hemingway. Y ya muy pronto:

—Otro más, por favor.

El empleado le cayó bien al escritor; hablaron un rato. Entonces el dueño del café, muy orgulloso de su nuevo asalariado, le exoneró de trabajar por el resto del día.

Bartolomé se sentó a la mesa de Hemingway; estuvieron departiendo juntos más de dos horas acerca del Camino de Santiago al principio, y de la vida de ambos después. Una vida muy dispar, pues así como la del novelista entrañaba países, guerras, aventuras en África y amores en París, grandes estancias en Cuba junto al mar y cacerías por las montañas Rocosas, la vida de Bartolomé era la de su pequeña ciudad del interior.

—Hábleme de ella —le dijo Hemingway.

—En este momento solo veo una casa.

—Es suficiente.

—Está pintada en color crema; el tejado es de pizarra. En la planta baja hay un taller de bicicletas, el de los Hermanos Alda. Un hermano es bastante más alto que el otro. El más alto es el que dirige el negocio; el otro está mirando hacia la calle y ahora pasa por allí una mujer bonita. Es una chica que se llama Mariposa. Es morena, esbelta, los ojos grandes; huele muy bien. Sonríe a todo el mundo, se mueve como una bailarina, y aunque no sé a dónde va, todo eso no importa. Lo que

vale es que el hombre calvo la ha mirado. Esa es mi ciudad, señor. Ahora es así, dentro de un minuto será otra cosa.

—Es el lugar más apasionante que conozco —dijo Hemingway, que en aquel momento dejó de escribir.

Luego, a través del ventanal, contempló el atardecer en los campos de Idaho.

Casi todas las noches se acordaba

Del minuto en que vio por la plaza de Cizur a un peregrino pelirrojo que iba en bicicleta, y que le sonrió. Él parecía escocés, ella tenía veintidós años.

Luego, un momento antes de salir de la plaza, le dijo algo que Elvira no pudo escuchar porque pasó por allí cerca un autocar muy ruidoso, y la voz de aquel peregrino se perdió para siempre.

Al tiempo, se perdió la vida de Elvira, toda la vida. Ella nunca dudó de que fue entonces.

Que fue así.

Las palabras del bosque

En las madrugadas de los domingos salía en coche desde su casa de Obanos. Llegaba al paraje del monte que había elegido en la víspera, y grababa allí el sonido del alba.

Luego, cuando lo reproducía en su casa, al atardecer, solía descubrir en las grabaciones el palpitar de algo que no era la naturaleza, sino otra cosa. Y hubo veces en que escuchó palabras muy nítidas, frases enteras incluso.

Esas voces le anunciaban pequeñas alegrías, o leves dolores, y casi siempre acertaban. Voces que anticiparon también su muerte: en un accidente de tráfico cuando regresaba a su hogar de hombre solitario y lector, en una mañana helada de enero.

Pero eso ya no pudo escucharlo.

El oráculo

En Puente la Reina, Apolinar tiró una piedra lisa y redonda para que cruzara el río Arga, rebotando.

El lanzamiento era un augurio: unos días antes él había decidido que solo cuando el último salto de la piedra en el agua fuese par, el río le aprobaría la consulta.

Aquella vez el bote final, que fue el cuarto, cayó en un fondo de limo y zarzas, donde ya se confunden la tierra y el agua.

Desde la otra orilla, Apolinar no alcanzó a saber si iba a encontrar el amor en el Camino. O si iba a encontrar la muerte.